

 HARLEQUIN

DESEO™

3  
NOVELAS  
inolvidables



ANDREA LAURENCE

Las cartas sobre la mesa

---

TANYA MICHAELS

Suyo por un fin de semana

---

MARY LYNN BAXTER

Un auténtico texano

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
N.º 455 - noviembre 2020

© 2014 Andrea Laurence  
Las cartas sobre la mesa  
Título original: Back in Her Husband's Bed

© 2004 Tanya Michna  
Suyo por un fin de semana  
Título original: Hers for the Weekend

© 2006 Mary Lynn Baxter  
Un auténtico texano  
Título original: Totally Texan

Publicadas originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.  
Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2014, 2004 y 2006

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.  
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.  
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1348-933-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

## Créditos

### Las cartas sobre la mesa

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Epílogo

### Suyo por un fin de semana

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

Capítulo Trece

Capítulo Catorce

### Un auténtico texano

Capítulo Uno

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

# DESEO

---

ANDREA LAURENCE  
Las cartas sobre la mesa





## Capítulo Uno

-Señor Reed, nuestras cámaras han localizado a la Barracuda en la mesa tres, junto a las máquinas tragaperras.

Nate sonrió. Annie había caído en su trampa. No había podido resistirse a acudir al gran campeonato, aunque eso significara regresar a la escena del crimen. Como propietario y director del Casino Desert Sapphire, había ordenado a su equipo de seguridad que lo avisara en cuanto ella estuviera allí.

-Está jugando con el señor Nakimori y el señor Kline - informó Gabriel Hansen, su jefe de seguridad, después de escuchar lo que le decían por el auricular que lo conectaba con los agentes de planta.

-Típico de ella -dijo Nate, y se dispuso a bajar a las mesas. El empresario japonés y el viejo magnate del petróleo texano iban a perder toda su fortuna si no se la llevaba pronto. Por algo la llamaban la Barracuda.

-¿Quieres que te acompañe? -preguntó Gabe.

Nate suspiró. Además de su jefe de seguridad, Gabe era uno de sus mejores amigos y sabía que no tenía a Annie en muy alta estima después de lo que le había hecho.

-No, me ocuparé yo solo.

Colocándose la corbata, Nate tomó el ascensor y bajó los veinticinco pisos que separaban su suite del vestíbulo principal del casino.



Después de tantos años, al fin iba a poder vengarse de ella. Sin embargo, no era capaz de sentir toda la excitación que había anticipado. Tenía la boca seca y el pulso acelerado. ¿Cómo era posible que él, Nathan Reed, uno de los más exitosos empresarios de Las Vegas, estuviera nervioso por una mujer? La verdad era que Annie siempre había sido su debilidad.

Desde la puerta, la vio enseguida. Estaba sentada de espaldas a él, con las piernas cruzadas y el largo pelo negro cayéndole por los hombros. A su lado, el señor Nakimori se echó hacia atrás en la silla, tirando las cartas sobre la mesa con disgusto.

Cuando Nate se detuvo detrás de ella y le posó una mano en el hombro, Annie ni se inmutó. Había estado esperando su llegada.

-Caballeros -saludó Nate, sonriendo a los demás jugadores-. Me alegro de tenerlos de vuelta en el Shappire. ¿Va todo bien?

Jackson esbozó una amplia sonrisa.

-Iba bien, hasta que se presentó esta preciosidad.

-Entonces, estoy seguro de que nos les importará que les prive de su compañía -repuso Nate con una sonrisa.

-Estamos en medio de una partida.

Eran las primeras palabras que ella le dirigía desde que se había ido. No le había saludado. Lo único que se le ocurría era quejarse porque estaba interrumpiendo la partida, pensó él.

Inclinándose, Nate acercó los labios a su suave oreja. Olía a champú de jazmín, un aroma que le recordaba a su delicioso sabor entre las sábanas. Sin embargo, no iba a dejarse engatusar nunca más por ella.

-Tenemos que hablar. Deja la partida -ordenó él con tono tajante.

-Bueno, caballeros, supongo que he terminado -dijo ella con un suspiro. Dejó sus cartas en la mesa y se quitó la mano de Nate del hombro antes de levantarse.

-Buenas tardes -respondieron los otros dos hombres. Ambos parecían aliviados de prescindir de su presencia.

Annie agarró su bolso rojo de cuero y se dirigió a la salida. Enseguida, Nate la alcanzó y la agarró con firmeza del codo, guiándola al ascensor.

-Quítame las manos de encima -le espetó ella con la mandíbula apretada, intentando sin éxito zafarse.

-Nada de eso -respondió él con una sonrisa-. Los dos sabemos lo que pasó la última vez que hice eso. Si lo prefieres, puedo hacer que un agente de seguridad te escolte arriba.

Annie se detuvo de golpe y se giró hacia él.

-No te atreverás.

Cielos, era muy hermosa, pensó Nate, sintiendo que, de nuevo, lo invadía el deseo al estar con ella. Aunque le irritaba que su cuerpo siguiera reaccionando de esa manera al verla, a pesar de todo lo que le había hecho.

-¿Cómo que no? -replicó él. Annie no lo conocía en absoluto. Inclino la cabeza hasta estar a unos milímetros de su cara-. ¿Quieres verlo? -le retó, agarrándola con más fuerza.

Annie no dijo nada. Se limitó a dejar de resistirse. Y él no la soltó hasta entrar en su suite.

Furiosa, se fue directa al despacho y se dejó caer sobre el sofá de cuero.

-¿Qué pasa? -preguntó ella-. Por hacerme subir aquí, he perdido una partida de cinco mil dólares. ¿Qué diablos quieres?

Nate se apoyó en el gran escritorio de caoba que había pertenecido a su abuelo y se cruzó de brazos.

-Tengo una propuesta para ti, Barbara Ann.

Annie arqueó una ceja con desconfianza.

-No tienes nada que yo pueda querer, Nathan. Si no, mi abogado ya te lo habría pedido.

-Eso no es cierto. Puedo darte lo que llevas esperando desde hace tres años: el divorcio.

-Tu abogado y tú habéis estado obstaculizando el proceso durante años -observó ella, intentando adivinar cuál era su juego-. Me has costado una fortuna en abogados. ¿Y ahora quieres entregármelo con un lazo?

-No exactamente -contestó él con una sonrisa, mientras se servía un vaso de whisky. No tenía ninguna prisa por saciar su curiosidad, después de los tres años que ella le había hecho esperar-. ¿Te sirvo una copa? -ofreció, más por educación que por deseo de agradar.

-Ya sabes que no bebo.

Nate se puso rígido. Lo había olvidado. Annie odiaba que el alcohol le hiciera perder el control. Era sorprendente cómo se olvidaban las cosas con el tiempo. ¿Qué más habría olvidado?

-¿Un refresco? ¿Agua?

-No, estoy bien, gracias.

-De acuerdo -dijo él, sirviéndose un par de cubitos de hielo. Con calma, le dio un largo trago a su whisky, con la esperanza de que le ayudara a adormecer el deseo que sentía por ella.

Annie tenía algo que siempre le había excitado. No era solo su exótica belleza, ni su aguda inteligencia. Todavía podía sentir el contacto de su cabello sedoso y negro en el pecho cuando habían hecho el amor. O el musical sonido de su risa. Todo junto formaba un cóctel embriagador. Y, solo con tenerla cerca, la sangre le bullía.

Entonces, Nate se recordó a sí mismo que lo que ella quería era el divorcio. Y que lo había abandonado en medio de la noche sin explicación ninguna.

Al menos, Annie se había molestado en pedir el divorcio ante los tribunales. Su madre, por el contrario, se había ido sin más, hundiendo a su padre en una espiral de depresión que había estado a punto de destruir el negocio familiar. Pero él era más fuerte que su padre, se dijo. Había reconstruido su hotel, el Desert Sapphire, y lo había llevado

a la cima de la industria turística del lugar. No era la clase de hombre que se dejaba hundir por una mujer.

Aunque fuera una mujer tan increíble como Annie.

Ella lo observó con desconfianza desde el sofá.

-Sé que no puedes haber cambiado de opinión de golpe. Dime, ¿qué está pasando?

Tenía razón. Nate no había cambiado de idea y seguía molestándole darle a Annie lo que quería, pero el campeonato era más importante. La organización que patrocinaba el torneo de póquer más prestigioso del mundo había mantenido durante años una sociedad con otro casino. Para hacer que ese año firmaran con el Desert Sapphire, él había tenido que hacerles algunas promesas irresistibles. Y necesitaba que Annie le ayudara a cumplirlas.

-Estoy trabajando en un proyecto relacionado con el campeonato y tengo un trabajo perfecto para ti -señaló él, e hizo una pausa para dar un trago-. Si firmo los papeles y te doy el divorcio, me ayudarás.

-No lo entiendo. ¿En qué voy a...?

-Estoy seguro de que has oído hablar de que el gran torneo de póquer es un nido de tramposos -le interrumpió él-. Y la reputación de los organizadores está en jaque a causa de ello.

-Siempre hay rumores de trampas -repuso ella con un suspiro-. Pero nunca se ha demostrado nada importante. El puñado de tramposos que pillan roba una cantidad de dinero insignificante comparada con lo que se mueve en esa clase de eventos. ¿Qué tiene eso de especial?

-Hospedar el torneo es un gran reto para mi hotel. Como bien sabes, se ha celebrado en Tangiers durante los últimos veinte años. Para convencer a los organizadores de que apostaran por nosotros, he tenido que ofrecerles garantías de que cualquier persona que haga trampas será detenida y procesada, para que sirva de ejemplo.

-¿Y por qué estás tan seguro de que puedes hacer mejor el trabajo que Tangiers?

-Porque tengo uno de los mejores equipos de seguridad del negocio y los empleados más cualificados. Vamos más allá de las medidas habituales que usan la mayoría de los casinos.

-De todas maneras, no creo que sirva para mucho. No me parece posible impedir que la gente haga trampas.

-Este hotel estaba al borde de la quiebra cuando yo tomé el mando. Antes de eso, mi padre no se encontraba bien y la gente se aprovechó de ello. Nuestro mayor problema eran los timadores que estafaban al casino, sobre todo nuestros propios empleados. Yo invertí en la tecnología más puntera para impedirlo y, durante los últimos cinco años, nuestras pérdidas por trampas han bajado un ochenta por ciento.

-¿Entonces para qué me necesitas? -preguntó Annie, cruzándose de brazos.

Nate se quedó embobado mirando cómo los pechos de ella se apretaban bajo sus brazos. Sus suaves y femeninas curvas eran únicas para incendiar su deseo.

-Porque sospecho que está en marcha una operación a gran escala, con caras nuevas y sin antecedentes. Pero tenemos que pillarlos. Si tenemos éxito, los organizadores me han garantizado un contrato de diez años con nuestro casino. Eso es algo con lo que mi abuelo ni habría soñado.

-¿Y qué? ¿Crees que sé quiénes están implicados?

-Creo que puedes tener tus sospechas -adivinó él-. Llevas varios años dentro de la comunidad de jugadores profesionales y debes de haber oído rumores -añadió, y la miró a los ojos-. También creo que puedes desenmascararlos, si tienes la... motivación adecuada.

Annie se levantó de un salto del sofá, nerviosa.

-No soy una chivata -se defendió. No pensaba arruinar su reputación delatando a sus colegas. Ni por el divorcio, ni por los encantos de un hombre tan guapo como Nate. El honor era lo primero en su profesión.

-Si lo hacemos bien, nadie tiene por qué saber que tú eres el topo.

-¿Cómo? Hay cámaras por todas partes. Lo más probable es que los estafadores cuenten con la ayuda de alguien de dentro, incluso con alguien de tu equipo de seguridad. ¿Acaso crees que no se darán cuenta de que comparto información contigo?

-No tienen por qué saberlo.

Nate no le había revelado todo su plan. Annie era experta en póquer, pero él era un maestro del ajedrez y estaba tres movimientos por delante. Y ella odiaba que la manipularan.

-Explícamelo.

-No hay cámaras aquí dentro -señaló con una sonrisa.

Annie miró a su alrededor en el despacho y hacia el pasillo que daba a su suite. De veras esperaba que no hubiera cámaras, pues si no, alguien se habría puesto las botas con su noche de bodas.

-¿Y no les parecerá sospechoso que esté contigo en tu suite? Es un poco raro que me vea a solas con el director del casino, ¿no crees?

-¿Qué tiene de raro que pases tiempo con tu marido?

Annie se quedó helada. Deseaba con toda el alma que nadie supiera el error que había cometido al casarse con él. Su matrimonio había sido un secreto que solo había compartido con su hermana, Tessa, y su madre. Además, había terminado tan rápido que no había tenido tiempo de contárselo a nadie más.

-¿No crees que les puede parecer extraño que, de pronto, anunciemos que estamos casados? ¿Cómo vamos a explicar que hayamos vuelto juntos después de tres años?

-Les diremos la verdad -repuso él, encogiéndose de hombros-. Nos casamos hace tres años. No funcionó. Nos

separamos. Tú volviste para el torneo y nos reconciliamos.

-Pero esa no es la verdad.

-Todas las mentiras tienen su parte de verdad -apuntó él-. Y no les daremos razón para dudar de nosotros -añadió con una amplia y seductora sonrisa.

¿A qué se refería con eso?, se preguntó ella, asustada.

-¿Es que... esperas que... nosotros...? -balbució Annie con la piel de gallina. De forma instintiva, se cruzó de brazos para protegerse.

-No -contestó él, riendo-. Solo será una farsa. Tendrás que quedarte conmigo en la suite. Comeremos juntos en público, nos mostraremos afectuosos. Incluso puede que tengas que aguantar algún beso. Así, nadie sospechará lo que nos traemos entre manos.

Annie se sonrojó al instante, como una adolescente. No era común en ella, pues había aprendido a camuflar sus sentimientos, algo que la había convertido en una excelente jugadora de póquer. Por alguna razón, Nate era la única persona capaz de traspasar su armadura de acero.

Al pensar en sus besos, recordó cómo solía darle vueltas la cabeza al estar entre sus brazos. Esos besos habían sido lo que la había convencido para que se casara con él. Por eso, no eran buena idea.

En realidad, era todo una idea muy mala. Espiar a sus colegas, fingir que estaba enamorada de Nate... Era jugar con fuego. No sería un peón en la partida de ajedrez de su examante.

-¿Y si me niego?

Annie observó cómo su marido le daba un largo trago a su vaso y se cruzaba de brazos, apoyándose en el escritorio. Su caro traje gris resaltaba unos anchos hombros y un cuerpo de pecado. Él no parecía afectado en absoluto por la idea de besarla. Al parecer, era ella la única que padecía esa debilidad. Lo único que Nate quería era utilizarla para hacer que su prestigioso hotel fuera todavía más exitoso.

A pesar de todo, Annie no había olvidado por qué se había enamorado de él. Era todo lo que se suponía que buscaba en un hombre: fuerte, inteligente, guapo, alto, atento y muy rico. Lo malo era que no estaba acostumbrada a que nadie le dijera lo que podía o no hacer. Las expectativas de Nate habían sido más de lo que ella había podido soportar.

Las mujeres de la familia Baracas no eran expertas en quedarse con sus parejas. Su matrimonio, aunque había sido corto, fue el primero de varias generaciones de su familia. Magdala Baracas había enseñado a sus hijas que los hombres podían ser un buen entretenimiento al principio pero que, al final, causaban demasiados problemas.

En ese momento, al mirar a su marido, Annie estaba de acuerdo con su madre. Nate era irritante. Le había negado el divorcio durante tres años solo para fastidiarla. Ahora, se lo ponía en bandeja.

-Si no cooperas, no hay divorcio. Tan sencillo como eso - afirmó él, mirándola fijamente.

Incómoda, ella apartó la vista y suspiró, llena de frustración.

-Vamos, Nathan, sé honesto. No se trata del póquer. Lo que quieres es doblegarme y castigarme por haberte dejado. No puedo creerme que quieras estar casado conmigo después de todo lo que ha pasado.

Annie no tenía ni idea de si su andanada iba a servir a favor de su causa o en contra. Sin embargo, no pudo contener las palabras, tras tres años de silencio.

-Lamento que confundiéramos el deseo con el amor y nos metiéramos en este lío. Pero quiero cerrar este capítulo de mi vida y dejarlo atrás. No quiero más jueguitos, por favor -añadió ella.

Nate dio un paso atrás con una sonrisa burlona en el rostro.



-¿Piensas que va a serte tan fácil? ¿Crees que solo con mirarme con tus enormes ojos azules vas a hacerme cambiar de idea?

Annie se puso tensa. Quería acabar con aquello cuanto antes. Y no quería volver a tener nunca más ni una sola razón para estar en la misma habitación que Nate. Era peligroso. Ella era demasiado vulnerable a sus encantos, por eso, cuanto más lejos estuvieran, mejor.

-¿Qué cobra tu abogado por hora, Annie? Si rechazas mi oferta, veremos quién se queda sin dinero primero.

Annie sabía que eso tenía todas las de perder, a pesar de sus fabulosas ganancias como jugadora profesional.

-Por favor, Nate -rogó ella, con la mirada baja-. No puedo cambiar lo que pasó entre nosotros en el pasado, pero no me obligues a poner en jaque mi futuro. Si alguien descubre que estoy espiando para ti, mi carrera habrá terminado. Seré la mujer más odiada del mundo del póquer.

Annie se quedó esperando, sin levantar la vista. No podía decir nada más. Había puesto sus cartas sobre la mesa, pero no tenía muchas esperanzas de conseguir nada con ello. Intuía que Nate se había propuesto vengarse y arruinarle la vida, bien en el juzgado o bien en la mesa de juego. Después de tres años, él la tenía donde quería.

-Estas son mis condiciones -afirmó él con voz fría-. ¿Quieres el divorcio o no?

Claro que lo quería. Pero...

-Es un chantaje.

Nate sonrió. Era obvio que estaba disfrutando al verla acorralada.

-No me gusta esa palabra. Prefiero llamarlo un acuerdo de mutuo beneficio. Yo capturo a los estafadores y me aseguro el torneo durante diez años. Tú consigues el divorcio sin arruinarte. Muy fácil.

Para Annie, no tenía nada de fácil.

-¿Por qué yo?

-Necesito a alguien de su mundo. Tú eres una excelente jugadora. Tienes muchas probabilidades de llegar a la final. Es perfecto.

No tan perfecto, pensó ella, y respiró hondo un momento. Quería desaparecer de allí cuando terminara el campeonato y no volver a ver a Nate nunca más. Aun así, el precio era alto. Tenía que espiar para él y, para colmo, fingir que estaban felizmente casados.

Pero el torneo solo duraría una semana. Si todo iba bien, podía jugar, darle a Nate un par de pistas y, con suerte, salir de allí como una mujer libre y soltera.

-¿Puedo confiar en que mantendrás tu palabra si cumplo mi parte del trato?

-Annie, sabes bien que soy de confianza -aseguró él, arqueando una ceja-. Si aceptas, llamaré a mi abogado y le diré que envíe los papeles.

No le quedaba elección, caviló ella, mirándolo a los ojos.

-De acuerdo, Nate. Trato hecho.

## Capítulo Dos

Annie se arrepintió de sus palabras en cuanto salieron de su boca, pero no podía echarse atrás.

Nate la observó con incredulidad. Se enderezó, mientras digería su victoria.

-Bien -dijo él al fin-. Me alegro de que seas razonable -añadió, dejando el vaso sobre la mesa-. ¿Te has registrado en el hotel?

Annie no se había molestado en hacerlo. Sabía que él enviaría a sus agentes de seguridad a echarla en cuanto fuera a entrar en su habitación.

-No, aún, no. Quería jugar un poco primero.

-De acuerdo. Llamaré para que traigan tu equipaje. Lo has dejado en recepción, ¿verdad?

Annie abrió la boca para protestar, aunque él ya había empezado a dar órdenes por teléfono.

A pesar de que tenía su casa en Henderson, Nate solía quedarse a dormir en el Sapphire cuando estaba trabajando, lo que ocurría siempre. Tal y como ella recordaba, su suite tenía cocina, salón y comedor... pero solo una cama.

Frunciendo el ceño, se reprendió a sí misma por no haber hablado de todos los detalles antes de cerrar el trato.

-¿Dónde voy a dormir?

-En el dormitorio -contestó él.

-¿Y tú? -insistió ella, incómoda. Debía dejar ese punto claro cuanto antes.

-No duermo nunca, ¿recuerdas? -replicó con una sonrisa. Eso era casi verdad. Nate tenía la habilidad de sobrevivir con solo tres o cuatro horas de sueño al día.

-Necesitas una cama, de todas maneras.

-Nos preocuparemos por eso cuando llegue el momento - señaló con una sonrisa todavía más radiante.

Sin embargo, su sonrisa no bastaba para engatusarla. Él estaba evadiéndose del tema a propósito, adivinó Annie, y miró el reloj. Eran más de las siete. Aunque se acostara tarde, el momento llegaría antes o después.

-He aceptado tu plan porque no me has dado elección. Pero no voy a acostarme contigo.

-No había planeado seducirte -repuso él, arqueando las cejas. Entonces, se acercó a ella y la rodeó con los brazos.

Annie se echó hacia atrás en el sofá, incapaz de escapar. Mientras su aroma la envolvía, recordó que ese mismo olor había impregnado sus almohadas en esa misma suite. En aquel tiempo, Nate había tenido la habilidad de tocar su cuerpo como un experto músico tocaba un instrumento. Ningún hombre le había dado nunca tanto placer. La química entre ellos había sido explosiva.

Cuanto más cerca estaba Nate, más dudaba ella que esa misma química se hubiera desvanecido con los años.

-Pero, si lo hiciera... -susurró él, mirándola de arriba abajo-. ¿Qué tendría de malo? No es un crimen acostarte con tu marido, Annie.

Al escucharle susurrar su nombre, Annie se sintió recorrida por una corriente eléctrica. Lo había dicho en el mismo tono bajo y sensual con el que solía decírselo al oído cuando hacían hecho el amor.

-Además, no recuerdo que tuvieras ninguna queja a ese respecto -continuó él.

Annie se pasó la lengua por el labio inferior. Después de todo ese tiempo, seguía deseando a Nate. No había duda.

-Eso fue hace mucho -consiguió decir ella, casi sin aliento.

-Ya veremos -repuso él, y se incorporó, rompiendo el hechizo de inmediato. Apartándose, le dio un último trago a su vaso y lo dejó sobre la mesa, dándole la espalda a Annie.

Parecía tan calmado y frío como si estuviera cerrando un trato de negocios, observó Annie. Entonces, lo comprendió. El objetivo de Nate no era solo capturar a los tramposos, había otras formas de lograr eso sin que tuvieran que fingir estar casados. Y sin que fuera necesario que él la tocara.

No, Nate quería hacerle pagar, adivinó ella. Estaba dispuesto a usar todas las armas de su arsenal, desde la seducción a la indiferencia, para asegurarse de que se sintiera incómoda y fuera de juego. Conseguiría el divorcio, pero la próxima semana sería un infierno. Además, sus probabilidades de ganar el torneo acababan de esfumarse, pues su concentración se había hecho pedazos antes de empezar.

El sonido de la puerta del ascensor la sorprendió. Al levantar la vista, vio entrar a Gabe, el jefe de seguridad, que llevaba su equipaje.

Annie se levantó para acercarse a saludarlo, pero la mirada de Gabe la detuvo en seco. Aunque siempre había tenido una sonrisa y buenas palabras para ella, sus ojos se le clavaron como cuchillos acusadores. Tenía la mandíbula y el cuello tensos. Gabe parecía guardarle más rencor que el mismo Nate.

Sin decir palabra, el jefe de seguridad dejó caer el equipaje de ella junto a la mesa del comedor.

-Llámame si me necesitas, señor -le dijo a su jefe, sin dejar de mirar a Annie con dureza. Acto seguido, salió de la suite.

Annie nunca se había dado cuenta de lo protector que era Gabe con Nate. Aunque tenía razones para estar enfadado con ella, caviló, mordiéndose el labio.

Como amigo y jefe de seguridad, estaba claro que Gabe no aprobaba el plan de Nate de usarla para su operación encubierta. Sobre todo, desaprobaba el que vivieran

juntos. Si era sincera, Annie tampoco estaba muy satisfecha con esa parte del plan.

Cuando giró la cabeza, se encontró con Nate sonriendo. Era la primera sonrisa sincera que esbozaba desde que lo había visto. Y se debía, por supuesto, a la incomodidad de ella.

-No es uno de tus fans.

-Me he dado cuenta. Esperaba que no le hubieras hablado a nadie de nosotros. ¿Quién más lo sabe? ¿Debo tener cuidado por si las criadas me tiran flechas envenenadas?

Nate rio, meneando la cabeza.

-No, solo lo sabe Gabe. No iba a decírselo, pero encontré tu alianza.

La alianza. Annie lo había olvidado. La había dejado en la mesilla de noche antes de irse, pues no le había parecido bien llevársela.

Perpleja, vio que Nate se sacaba el anillo del dedo meñique y se lo tendía.

-Lo vas a necesitar. Para hacer tu papel.

Annie lo tomó de su mano y observó la joya. Era un anillo sencillo de platino, sin nada especial. Lo cierto era que los habían elegido con mucha prisa. En ese tiempo, lo único que ella quería había sido convertirse en la señora de Nathan Reed. ¿En qué diablos había estado pensando?

-¿Por qué lo llevabas puesto?

-Como recordatorio.

Annie comprendió que no se refería a nada sentimental. Más bien, debía de ser un recordatorio de lo mucho que la haría sufrir si ella volvía a caer en sus manos.

-¿Dónde está tu anillo?

-Guardado. No podía llevarlo y mantener, al mismo tiempo, mi reputación como el soltero más codiciado de Las Vegas -repuso él con gesto de disgusto. Entonces, se acercó a un cajón y sacó una cajita de terciopelo.

-Ya. Estar casado podría interferir con tu vida social.

Nate levantó la vista, observándola un momento antes de ponerse su anillo en el dedo.

-No tengo vida social -admitió él, frunciendo el ceño-. Pensé que esa era una de las razones por las que me habías dejado.

-No, yo... -balbució ella. No quería hablar de por qué se había ido. Eso no cambiaría nada. Era agua pasada y, pronto, podrían seguir con sus vidas y dejar el pasado atrás. Bajando la vista, cerró la mano sobre la alianza que sujetaba en la palma.

-Ponte el anillo -ordenó él.

Con el pecho encogido, Annie pensó que prefería ponerse una soga alrededor del cuello. Al menos, eso mismo había sentido cuando se había despertado a la mañana siguiente de su boda. Entonces, había creído que habían sido los nervios típicos de una recién casada, pero se había equivocado. Enseguida, había comprendido que había cometido un gran error.

Annie intentó encontrar alguna excusa para no obedecer.

-Prefiero esperar a que lo limpien. Haz que lo pulan un poco.

Era una excusa tonta y ella lo sabía. ¿Qué más le daba ponerse un estúpido anillo? Sin embargo, cada vez se sentía con menos aire en los pulmones, más asfixiada.

Nate frunció el ceño y se acercó ella. Sin decir palabra, la agarró de la mano y, uno por uno, le fue separando los dedos que se cerraban sobre el anillo. Con firmeza, tomó la alianza y se dispuso a colocársela.

-¿Me permite, señora Reed?

Annie se quedó paralizada al escuchar su nombre de casada y ver cómo él le deslizaba el anillo en el dedo. El contacto cálido de su mano contrastaba con la frialdad de la joya. Aunque era de su tamaño, le apretaba demasiado. De pronto, sintió que la ropa también le apretaba. La habitación parecía estar quedándose sin aire...

Comenzó a darle vueltas la cabeza, mientras la visión se le nublaba. Quiso decirle a Nate que necesitaba sentarse, pero fue demasiado tarde.

Nate disfrutó al ver cómo Annie sufría hasta que se le quedaron los ojos en blanco. Al instante, él la recogió en sus brazos, impidiendo que cayera al suelo. La llevó al dormitorio y la dejó en la cama, con la cabeza en la almohada. Y se sentó a su lado.

No había podido quitarse a Annie de la cabeza desde el día en que lo había dejado. Si conseguía doblegarla antes de darle el divorcio, tal vez, podría sacarla de sus pensamientos para siempre. Si también lo ayudaba a capturar a los tramposos y catapultar el buen nombre del hotel, mejor que mejor. Además, resultaba tan fácil hacerla sufrir... Él sabía bien cuáles eran sus puntos débiles y había disfrutado presionándolos.

Al menos, hasta que se había desmayado.

Nate se inclinó para comprobar que respiraba con normalidad. Tenía los labios entreabiertos y su expresión de ansiedad se había relajado.

Sin poder evitarlo, le recorrió la mejilla con la punta del dedo. Su piel era tan suave como la recordaba, igual que la seda. Ella suspiró mientras la acariciaba.

Annie siempre daba una imagen fría ante el público. Ante los demás, parecía inmutable, muy distinta de la mujer apasionada que había compartido su cama, y de la que acababa de desmayarse solo por tener que ponerse el anillo.

Por otra parte, ella era capaz de despertar todo tipo de sentimientos en Nate. Rabia, celos, excitación, resentimiento, ansiedad... Estar con ella era como subirse a una montaña rusa emocional. Ninguna mujer le había afectado nunca tanto. Solo esperaba poder ocultar sus sentimientos delante de ella.



Cuando Annie lo dejó, su primera reacción fue sentirse confuso y furioso. Sus peores miedos se habían hecho realidad. Fue como si su madre hubiera vuelto a abandonarlo. Él había sido testigo de cómo su padre se había hundido por el dolor. Para no dejar que Annie hiciera lo mismo con él, había canalizado su rabia en construir el mejor casino de Las Vegas y en diseñar un plan maestro para vengarse.

Sí, tal vez, se habían casado de forma apresurada. Sí, quizá solo habían tenido una química fabulosa en común. Pero su matrimonio terminaría cuando él lo decidiera y no antes. Ella había violado sus votos cuando lo había abandonado. Y, ya que la tenía bajo su poder, le haría pagar por ello.

Sin embargo, cuando Nate posó los ojos en aquella mujer hermosa y excitante... su mujer, empezó a preguntarse si su plan había sido un error. Su deseo de venganza había cedido, dejando paso a otro deseo mayor, el de poseerla.

Con un gemido, Annie abrió los ojos poco a poco. Miró a su alrededor con gesto confuso, antes de cruzar su mirada con la de él.

-¿Qué ha pasado?

-Te has desmayado. Parece que solo pensar en que la gente sepa que estás casada conmigo te resulta insoportable -comentó él.

-¿Qué estoy...? -balbució ella, mirando de nuevo a su alrededor con el ceño fruncido-. ¿Por qué estoy tumbada en tu dormitorio?

Nate sonrió.

-Nuestro dormitorio, cariño. Como un caballero, te he traído aquí cuando te has desmayado.

Annie se incorporó. Despacio, se sentó y sacó los pies de la cama. Se puso la falda y la blusa. En cuestión de segundos, recuperó la fachada impasible y la mirada dura, adoptando su pose de jugadora de póquer.

Acto seguido, salió del dormitorio y regresó con sus dos maletas.

-¿Dónde pongo mis cosas?

-Puedes colgarlas aquí -indicó él, abriendo la puerta del armario. Si necesitas más sitio, aparta mis cosas a un lado.

Tensa, Annie pasó de largo hacia el armario. Abrió las maletas y fue sacando sus prendas una por una con movimientos metódicos.

-Si no te hace falta nada más, estaré abajo. Nos vemos para cenar en el Carolina a las ocho y media. Prepárate para nuestra primera aparición pública como marido y mujer.

Una vez abajo, se dirigió a uno de los salones del casino, donde había quedado con Gabe y Jerry Moore, el encargado de la sala de juegos, para que le informaran de las actividades del día.

Cuando llegó, sus empleados lo estaban esperando. Gabe le informó de todos los incidentes que debía conocer, le dio los últimos códigos de seguridad y la llave para Annie. Jerry se tomó su tiempo en contarle los últimos preparativos del torneo.

El torneo de póquer no era un evento fácil de organizar. Agradecido por tener en qué entretenerse, Nate se concentró en los detalles, mientras le daba un trago a su gin tonic. Una parte del casino ya estaba lista con las mesas para las partidas. El cóctel de bienvenida también estaba bajo control. Patricia, la encargada de relaciones públicas, estaba en contacto con los patrocinadores. Todo parecía en orden.

Sus esfuerzos estaban dando fruto, pensó Nate, satisfecho. Había luchado mucho para sacar el hotel adelante y los empleados que había contratado parecían inspirados para hacer del Desert Sapphire el hotel y casino

de más éxito de Las Vegas. Su abuelo estaría orgulloso de lo que había logrado.

-¿Qué tal va el acuerdo con Annie? -preguntó Gabe, sacando a Nate de sus pensamientos. Por su tono de voz, era obvio que no aprobaba el plan.

-Creo que, con su ayuda, tenemos muchas probabilidades de cazar a los tramposos y asegurarnos el torneo durante diez años.

Jerry asintió con aprobación. Llevaba treinta años trabajando en el casino, desde que el abuelo de Nate lo había fundado. Después de haber sufrido un ataque al corazón y haberse pasado diez años de baja, había regresado para ayudar al nieto de su mejor amigo.

-Recuérdame otra vez la historia que vamos a contar -pidió Jerry, pasándose una mano arrugada por la coronilla-. Cuando la gente me pregunte, quiero estar seguro de qué responder.

-Annie y yo nos casamos hace un par de años, pero no funcionó. Ella ha vuelto para el torneo y nos hemos reconciliado. Yo lo dejaría así. Si damos demasiados detalles, podemos meter la pata.

Entonces, llamaron a Jerry por radio.

-Me necesitan en la sala de juegos -dijo.

Nate lo despidió y, después, posó la vista en Gabe. Era obvio que su jefe de seguridad se estaba mordiendo la lengua mientras miraba la alianza de platino que él acababa de ponerse.

-Dilo, Gabe.

-Esto no me gusta -admitió, meneando la cabeza-. No confío en ella. ¿Cómo sabes que no es amiga de alguno de los tramposos? Igual los pones sobre aviso. No tenemos ni idea de dónde reside su lealtad. Diablos, podría ser una de ellos.

Nate lo dudaba.

-Quiere el divorcio. Su lealtad hacia sí misma estará por encima de todo lo demás.

-Entiendo por qué esto es importante para el hotel. Pero ¿por qué ella?

-¿Por qué no utilizar a Annie? Me debe mucho. Si puedo hacerla sufrir y darle una lección, mucho mejor. Una vez que termine el torneo, la dejaré irse y no volveré a pensar en ella.

-Dices que esa mujer no te importa, entonces... ¿por qué estás poniendo tanto esfuerzo y tiempo en esto?

-Me merezco el derecho a resarcirme, ¿no?

-Claro. Ella se merece todo el sufrimiento que quieras causarle. Lo que me preocupa es que esto no acabe bien.

Nate apreciaba la preocupación de Gabe, aunque le gustaría que su amigo tuviera más fe en él.

-Todo irá según lo planeado. Cazaremos a esos tramposos, Annie pagará por sus irresponsabilidad y, al fin, quedaremos en paz.

-He visto cómo la miras, Nate. Sigues sintiéndote atraído por ella. Puede que no sea amor, pero lo que hay entre vosotros es lo bastante fuerte como para que, tras unos pocos días, volváis a escaparos juntos -opinó Gabe, y se inclinó hacia él-. Ella es tu talón de Aquiles, ¿qué crees que pasará cuando viváis tan cerca durante una semana?

-No va a pasar nada. He aprendido la lección. Te lo aseguro.

## Capítulo Tres

Después de que Nate se hubo ido, Annie terminó de deshacer la maleta y se quedó sin saber qué hacer. Su día había tomado un giro inesperado y estaba demasiado nerviosa para descansar. Por no hablar de su libido que, como siempre, se había despertado al estar con él.

Faltaba una hora para la cena, así que decidió darse una ducha caliente y cambiarse de ropa.

Cuando entró en el restaurante eran las ocho en punto. El romántico asador era la joya de los restaurantes del hotel. Siempre tenía una larga lista de espera para parejas que querían celebrar aniversarios. Nate y ella había comido allí solo una vez antes. Había sido allí, bajo la luz de las velas y con la música lenta y sensual, donde les había surgido la idea de casarse.

Nate, siempre puntual, estaba esperándola en una mesa. Estaba ocupado con su agenda electrónica, escribiendo algo con la punta del dedo. Annie se quedó un momento observándolo mientras estaba distraído. Él rio mirando la pantalla.

Annie nunca le había contado la verdad a Nate, pero se había sentido consumida por completo por su atracción hacia él. En parte, seguía queriéndolo. Sin embargo, eso no cambiaba su decisión. Habían pasado demasiadas cosas.

Quizá era su sangre de gitana errante la que no le dejaba sentar la cabeza. Tal vez era por su carácter independiente, que le impedía dejar que un hombre la controlara. No lo

sabía, pero la primera vez que Nate había puesto reparos a que viajara a un campeonato, la relación le había empezado a parecer asfixiante.

Nate se metió el teléfono en el bolsillo y se miró el reloj con gesto impaciente. En esa ocasión, no podía huir si quería recuperar su libertad para siempre, pensó Annie. Era hora de comportarse como su mujer ante la multitud, se dijo, y tomó aliento, preparándose para la actuación.

-Hola, guapo -saludó ella en voz alta para que la gente que había a su alrededor la oyera. Antes de que él pudiera reaccionar, le posó una mano en la nuca y le dio un beso en la boca.

Aunque había tenido la intención de darle un suave y fugaz beso nada más, cuando sus labios se tocaron, algo más fuerte tomó el control de sus actos. Era la misma sensación que, en el pasado, había sido su perdición. Una poderosa corriente sexual la recorrió, despertando sus sentidos tras haberse pasado años dormidos.

En cuanto a Nate, cuando la sorpresa inicial cedió, hizo también su parte, abrazándola con fuerza. Su boca se adaptaba a la perfección a la de ella, igual que sus cuerpos habían encajado como si hubieran estado hechos el uno para el otro...

Ese pensamiento hizo que Annie se apartara de golpe, empujándolo con suavidad de las solapas de su traje de Armani. No estaban hechos el uno para el otro. Lo suyo era mera atracción física, nada más, se recordó a sí misma.

-Hola -saludó él, sin soltarla del todo, mirándola con curiosidad.

-Hola -respondió ella en un jadeante susurro. Por nada del mundo quería que él supiera cuánto la afectaba, por eso, recuperó la compostura al instante para convencerle de que era solo una farsa-. ¿He sido lo bastante convincente?

Frunciendo el ceño, Nate la observó un momento, antes de soltarla.